


Sintonía 

Las dos voces amigas

Otro año, y a través de las ondas vuelven a llegar a nuestros hogares dos voces amigas. Los nombres de estas dos voces son de todos sobradamente conocidas. Para nosotros, no solamente sus voces, sino que también sus personas. Son de Radio Nacional de España en Barcelona.

Una de estas voces es graciosa, su sonoridad está llegando a lo venerable. La otra es serena, reflexiva. Las dos son simpáticas a la vez.

Nosotros que nos sentimos unidos a Barcelona no por una simple carretera, sino por algo más consubstancial, recordamos, como cada año, estas voces llamando al corazón de las gentes.

Porque no hablan un lenguaje exclusivo. Hablan de algo que nos alcanza o nos puede alcanzar a todos. Y por esto piden, que pedir no es humillar. Y lo hacen alegremente, porque envolver la caridad con un manto de alegría es un don precioso de los humildes.

Esta vez van más lejos en su loable esfuerzo. No solamente piden, estas dos voces. Sino que también dan. Dan premios a través de un sorteo, siendo como mediadora la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros a través de sus diversas sucursales.

Y quien mejor que esta Institución de tan arraigada caridad cristiana para tal empresa.

Mientras tanto, las voces graciosa y venerable la una, serena y reflexiva la otra, seguirán llegando a nosotros con el agradecimiento sincero de muchos humildes.

Ómnibus

SAN FELIU DE GUIXOLS 29 DE NOVIEMBRE 1956 - NÚM. 461 - AÑO IX

Correo de las
 LETRAS

“La montaña de los siete círculos”

DE TOMÁS MERTON

Esta historia autobiográfica, escrita por un monje trapense, relata minuciosamente la cruzada de un peregrinaje hacia la Luz y la Verdad.

La propaganda editorial ha dado a este libro el sobrenombre de «Historia de una conversión». Pero, a mi entender, no se trata de una conversión, en la acepción más extendida de la palabra. Conversión parece indicar un salto entre dos creencias, el paso de una fe equivocada a la verdadera. Y no es eso lo que nos cuenta el autor. Tomás Merton aunque nominalmente figuraba adscrito a una secta protestante, de una manera real, no era protestante ni nada. Tan nada, que ni tan siquiera era un ateo. Con su obra asistimos a un nacer, a una auténtica amanecida, no al proceso de una conversión. Y precisamente este carácter amplio y absoluto de alborada es el que confiere a la obra su gran valor universal. Su mensaje puede ser aplicado a todos los hombres, incluso a los propios católicos. A los católicos caídos en la noche gris de persistentes indiferencias, sin aceite en sus lámparas, ni mirra en las aldabas de sus puertas.

De ser este libro la historia de una conversión, hablaría a pocos; siendo el paso de la noche a la luz, nos habla a todos. Y además nos habla con lenguaje inteligente, porque inteligente es su autor. Inteligente y de fina sensibilidad.

Tomás Merton, incluso en su noche, odió siempre lo mediocre. Y es precisamente el choque con la mediocridad, con lo mezquino, lo que le mueve a no comulgar con nada, y a una actitud de protesta contra los sucesivos ambientes por los que va discurriendo su vida. Y es también su odio a lo mediocre el primer paso que le empuja hacia una selección de verdaderos valores. Juzga y analiza casi cruelmente ambiente y personas que le rodean, y pocas veces en su rigurosa criba deja caer un grano entre la paja que aparta. Por su dureza de juicio, uno comprende que la palabra prójimo le será dada con gran es-

fuerzo. No obstante, vemos a Tomás Merton, ya desde las primeras manifestaciones de su carácter, como el hombre que cifrará su ideal en cumplir sin regateos el primer mandamiento del Decálogo. «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente»

Quizá ni el mismo se diese cuenta, pero inicia su búsqueda de Dios con su corazón y con su cerebro. Ambos exigían el Dios verdadero, el que promulgó y ratificó el primer precepto; Cristo-Dios y Paracleto,

Tomás Merton estudiante en Cambridge, más tarde en la Universidad de Columbia, E. U. A., estudiante de Letras, asiduo lector y escritor, nada encuentra en lo que le rodea, nada encuentra en el mundo, que le proporcione una clara estabilidad, un cierto contento de sí mismo, ni aspiración que le dé paz, ni cariño que le sacie. Esta cuádruple carencia marca su norte; su incansable busca. Su primera fuente la constituyen los libros. Más tarde se acercará a los hombres que puedan mejor orientarle. Es en un libro de Etienne Gilson, donde encuentra al fin, y por primera vez, una definición de Dios, que satisface, a la par, a su mentalidad exigente y a su no menos exigente corazón.

Paso a paso, en providenciales ayudas, y con no poco esfuerzo, Tomás Merton va ascendiendo por la «montaña de los siete círculos». De vez en cuando, resbala o se detiene para reemprender la ascensión poco después, más seguro de sí mismo, más seguro de su fe, más enamorado de Dios.

Y, en pleno amor ya, en plena gracia, su fervor le empuja a desear la sombra de un claustro. Apartarse del mundo que le hastía, saborear la paz del cenobita, y allí trabajar, escribir o enseñar, protegido bajo el manto del Señor.

De pronto, se da cuenta del egoísmo que latía en su propósito. Era verdad su amor a Dios, era verdad su asco al mundo, era verdad su ansia de retiro. Pero a cambio de ello a los pies del altar, solo pretendía exigir de su Redentor, en vez de llevarle ofrendas. Quería la paz de espíritu para vivir humanamente en

(Termina en la página 3)